

El talismán negro

Juan Villoro

Hay autores de los que desearías ser amigo y otros, más escasos, que parecen regalarte su amistad con lo que escriben. Es el caso de Cortázar. Le interesaba contar historias situadas en el frágil umbral entre la realidad y la fantasía. Curiosamente, en ese territorio fantástico establecía un contacto próximo con el lector; le gustaba compartir el íntimo universo de sus gustos, el jazz, el tabaco oscuro, el coñac en una copa tibia, la mitología del box, un barrio de Buenos Aires, las muchachas con suéter de cuello de tortuga, los gatos, las calles donde el mejor encuentro no requiere de cita alguna. Ese catálogo de preferencias determinaba su estética aun con ma-

yor fuerza que sus tramas. No es casual que fuera un autor insólitamente querido.

Tal vez eso explique el raro milagro que representó *Rayuela*. Se trata de uno de los libros más esnobs jamás escritos, lleno de referencias y citas en varios idiomas, pero logró cautivar a miles de lectores. Yo lo leí como un texto de autoayuda, para aprender las demasiadas cosas que ignoraba y en busca de instrucciones de uso para mudarme a París y conocer a La Maga.

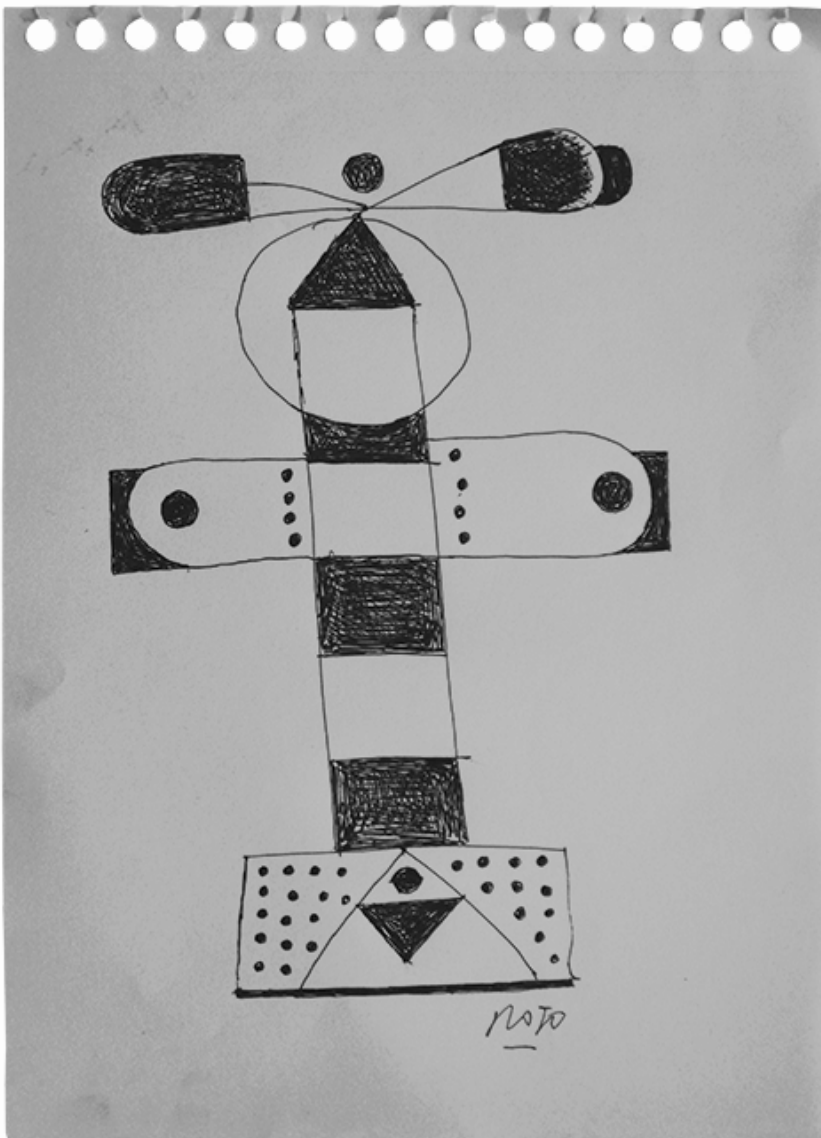
La fuerza sensual de su lenguaje, su sentido del humor y la juguetona disposición de los capítulos hicieron que durante meses fuera para mí una obra absoluta. No podía leer nada más. Hay libros que quisieras llevarte a una isla desierta y libros que son una isla desierta, de la que cuesta trabajo salir. *Rayuela* era la arena de un naufragio, alrededor sólo había agua.

Mi ejemplar es un regalo de Javier Cara, inolvidable amigo de la preparatoria, que en 1972 me escribió una dedicatoria tan larga como uno de los capítulos “prescindibles”. Ahí hablaba del futuro, el tiempo en el que estoy ahora.

Javier murió en el terremoto de 1985 mientras hacía guardia en el Hospital General. A él y a mí nos impresionaba la dedicatoria de *Bestiario*: “A Paco, que gustaba de mis relatos”. Éramos demasiado jóvenes para saber lo que se sentiría escribir pensando en un amigo muerto.

El diseño y el porte de *Rayuela* dan a la edición una apariencia de caja negra, el sitio apropiado para conservar las últimas palabras de mi amigo y la apasionada lectura que hice en la juventud. Hace mucho que no releo la novela, quizá para no alterar los exaltados recuerdos de quien creyó encontrar revelaciones secretas y pasadizos que sólo eran para él. Y, sin embargo, no puedo desprenderme de ese ejemplar. Cada vez que me mudo de casa o de país es el primero que empaco, con la certeza de que ahí hay algo más que un libro.

Un fetiche, un talismán del tiempo.



Vicente Rojo